

A L. G. D. G. A. D. U.



Después de la pandemia

VENERABLE MAESTRO DE LA R. L.
VINTE E CINCO DE ABRIL,
VENERABLE MAESTRO DE LA R. L.
ARTE REAL,
QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS EN
VUESTROS GRADOS Y OFICIOS:

UN CUENTO egipcio relata una historia que bien pudo ocurrir hacia el año 1270 antes de nuestra Era, al principio del reinado del faraón Ramsés II. Un grupo de obreros se afanaba en la construcción de los diques sobre el Nilo que habrían de proporcionar agua al enorme templo de Karnak, junto a la ciudad de Luxor. En un descanso del trabajo, uno de ellos dijo:

–Corren rumores inquietantes. Se dice que el pueblo de los hititas, que vive al Norte, más allá del mar, se prepara para invadir el reino de Egipto. Son muy numerosos y sanguinarios, y sus espadas están hechas de un milagroso metal azul que no se rompe y al que llaman hierro. Nuestro joven faraón está reuniendo tropas para presentarles batalla, pero nadie sabe lo que puede pasar.

Los demás obreros callaron, preocupados. Y el que había hablado preguntó:

–Si se acercasen esos hititas, ¿qué haríais?

Uno dijo:

–Yo empezaría por buscar una alianza con el país de Mitanni, nuestro vecino del Norte, para que desgaste a los hititas antes de que puedan atacarnos.

Otro dijo:

–Yo preferiría llegar a un acuerdo con los asirios, que siempre han sido enemigos nuestros pero que ahora corren tanto peligro como nosotros. Y sus carros son más poderosos que los de Mitanni.

Un tercero dijo:

–Yo sobornaría a los babilonios, que son hábiles negociantes, para que con nuestro oro convenzan a los hititas de que les conviene más atacar Nínive. Y luego ya veríamos.

Y el último dijo:

–Pues yo seguiría construyendo este dique. Viva quien viva aquí dentro de cien años, necesitará agua.

VV.: MM.:, QQ.: HH.::

Si es verdad, como dicen muchos, que los masones somos o nos sentimos, en el sentido que sea, herederos o descendientes de los egipcios, a mí me gustaría que descendiésemos de este último.

Un día u otro terminará esta pesadilla a la que, unos más y otros menos, nos vamos acostumbrando, como si no fuese una pesadilla, una anormalidad, un estado de excepción en nuestras vidas. Un día u otro concluirá y el virus que en el mundo ha matado a 2,8 millones de personas, en España a casi cien mil y en Portugal a casi 17.000, será doblegado. La vacuna lo vencerá y yo quiero creer que quedará arrinconado, como el virus de la gripe, como el virus moral del fascismo, como el viejo virus del fanatismo religioso: de vez en cuando brotará de nuevo y amenazará nuestras vidas, pero ya sabremos cómo hacerle frente. Como esas dos enfermedades que acabo de citar, el covid cambiará y se hará resistente; algunas veces ganará batallas y causará dolorosas desgracias, pero quiero creer que el mundo camina hacia delante y no hacia atrás. Aprenderemos a convivir con él.

Lo que ya no me atrevo a imaginar, QQ.: HH.:, es cómo seremos nosotros. Tengo claro que el mundo no es una unidad más que en el sentido geográfico o físico. Sí es una unidad con características comunes si se le compara con Marte, con Júpiter o con cualquier otro cuerpo celeste, pero en términos humanos es lo que ha sido siempre: una agregación de civilizaciones y culturas diferentes que, lo mismo que las placas tectónicas que sustentan nuestros continentes, a veces se aproximan, a veces se alejan y a veces chocan entre sí. Esas civilizaciones y culturas evolucionan por sí mismas, cada una con sus raíces y su idiosincrasia y sus peculiaridades, muchas de ellas ajenas a ese fenómeno al que presuntuosamente llamamos “globalización” y que no tiene nada de nuevo: muchos grandes imperios de la historia lo intentaron, como lo intentó el colonialismo, pero jamás ha conseguido nadie que toda la humanidad se mueva conforme a unos mismos principios y unos mismos objetivos comunes.

Esta pandemia, como otras tres o cuatro enfermedades anteriores (el VIH, la viruela, la gripe de 1918, quizá alguna más), sí ha amenazado a todos los seres humanos, en todos los continentes y países. Pero las reacciones han sido diferentes en unos y otros lugares, como no podía ser de otro modo porque las civilizaciones y las culturas son también muy distintas.

En más de la mitad del planeta, la pandemia ha sido recibida con algo parecido a la resignación: es otra desgracia más de la que puede uno morir, junto con el hambre, la miseria, la sequía, la malaria o las constantes guerras. Nada nuevo para ellos, pues, ni nada demasiado grave tampoco, en comparación con todo lo demás. Pero en la parte rica del mundo ha causado terror y una profunda devastación psicológica, porque pasa salvar la vida había que sacrificar nuestra comodidad, nuestro ocio, muchas de nuestras costumbres y, desde luego, el medio de vida de muchísimas personas, generalmente las más humildes y trabajadoras. La economía ha sufrido un golpe del que tardará en recuperarse.

Pero no solo la economía. Nosotros, las personas, los seres humanos, nos hemos visto obligados a admitir que somos mucho más débiles y quebradizos de lo que creíamos; que no estamos a salvo, que no sabemos estar solos; que nuestra felicidad (o al menos nuestra costumbre) está construida sobre un complicado y fragilísimo equilibrio de mecanismos, cables, información, artilugios, hábitos y sistemas que no dependen de nosotros y que no se pueden estropear, que no pueden fallar, porque si se avería uno los demás no tardan en venirse abajo también. Y nos hemos dado cuenta, esto sobre todo, de que a pesar de nuestra presunción, de nuestro dinamismo y de lo artificioso de nuestra

vida, **necesitamos** el contacto con los demás. El contacto físico. Los besos, los abrazos, la compañía, las caricias, los apretones de mano al menos, la sonrisa que ahora se oculta detrás de una mascarilla. Necesitamos el amor; la demostración, la manifestación física del amor, como los egipcios necesitaban el agua del Nilo: todo lo demás está muy bien y se ha hecho cada vez más necesario, pero sin el agua no se puede vivir. Y sin el amor tampoco.

No estoy nada seguro, VV.: MM.:, QQ.: HH.: y HH^{as}.:, de que nosotros, los que vivimos en nuestra parte del mundo, hayamos aprendido o estemos aprendiendo algo con todo esto. No sé si la pandemia nos está cambiando profundamente en algo y, si es así, tampoco sé si ese cambio será a mejor o a peor. Tiendo a ser pesimista. Temo que nuestro proceder, en términos generales, es el mismo que usamos con las tormentas o con los apagones de luz: esperar a que pasen para seguir con lo que estábamos haciendo. Dos millones de muertos, o tres, o cuatro, no parecen gran cosa en un mundo poblado por casi 8.000 millones. La segunda guerra mundial segó la vida de más de 80 millones y duró seis años: eso fue una verdadera catástrofe y no esto, tendemos a pensar, queremos pensar. Aunque es verdad que el miedo y los cambios de costumbres han afectado a casi todos, el verdadero dolor personal solo ha mordido a una parte proporcionalmente muy pequeña de nosotros.

Eso nos permite mantener la esperanza de que todo esto pasará y continuaremos como estábamos antes: recuperaremos no ya nuestra vida, sino nuestro *nivel* de vida y nuestra *forma de vivir* que ya se estaba demostrando insostenible para el planeta; continuaremos en la búsqueda del progreso ilimitado, en la dependencia de artefactos y bienes y placeres y diversiones materiales; proseguiremos en nuestra lucha por sobreponernos no a nosotros mismos, sino a los demás, y seguiremos buscando la felicidad en donde nunca estuvo: en las cosas, en los objetos, en lo que está *fuera* pero a la vez está *cerca*.

¿Y nosotros, los masones?

Lo hemos pasado y lo estamos pasando mal, muy mal con la pandemia. Esta maravillosa reunión, que nos hace tan dichosos, no es más que un sucedáneo de lo que debería ser, de lo que todos queríamos que fuese: un verdadero encuentro lleno de abrazos y alegrías y cariño y reflexiones y aprendizajes en común. Pero abrazos de verdad. Porque nuestras sonrisas y nuestro inmenso afecto de ahora mismo no son, en realidad, mucho más que “Um pássaro cinzento / A chorar a lonjura / Do nosso afastamento”, como cantaba Amália Rodrigues.

También de nosotros esta pandemia ha sacado lo mejor, que es nuestra voluntad indoblegable de seguir trabajando. Pero también lo peor, que ha sido, al menos en el caso de muchos hermanos y hermanas que en Madrid tenemos más cerca, la crispación de los nervios, el rencor, la vanidad, el egocentrismo, la separación, la inquina... los metales.

Sin embargo, nosotros los masones tenemos una ventaja singular sobre el resto de la sociedad: nuestro método. Un método que busca el conocimiento interior, el autoesclarecimiento, la búsqueda del equilibrio y de la sabiduría por el áspero sendero que va hacia dentro, no hacia fuera. Podemos cometer todos los errores del mundo, pero nosotros no cultivamos la inconstancia sino la perseverancia. No nos entrenamos en la búsqueda de diferencias y fronteras, sino en la convivencia fraternal con quienes son distintos y piensan de otro modo. No practicamos la suspicacia sino la tolerancia. No levantamos muros sino puentes. No buscamos la resignación sino la justicia. No soñamos con la victoria sino con la paz.

Es posible que, cuando la pandemia haya sido doblegada, muchas personas en nuestro mundo, en el no demasiado grande mundo que compartimos, conserven el dolor y la pesadumbre que ahora sentimos todos; es probable que haya más miedo, más desconfianza, más pesimismo y más distancia. Es probable que prevalezcan el desasosiego y el temor al futuro. Esto no lo sabemos.

Pero sí sabemos una cosa: los principios de la Masonería, los valores que protegemos y que tratamos de difundir, nuestra generosa y animosa manera de entender la vida, ayudarán a quien lo necesite. Serán, quizá, más necesarios que antes de la pandemia, más necesarios que en muchos años anteriores; tan necesarios quizá como lo fueron en Portugal en abril de 1974, en la reconstrucción de Europa tras la última gran guerra, en la Francia de principios de siglo. Esos valores podrán ayudar a muchos que ahora mismo quizá ni siquiera saben que necesitan ayuda.

De aquellos egipcios del cuento, uno solo estaba pensando en todos. Pero no en los que estaban allí, sino en todos los que vendrían después, sucediese lo que sucediese con los enemigos de aquel momento. No se dedicaba a especular: sabía que, viviese quien viviese en las orillas del Nilo cien años después, necesitaría agua. Y construía el dique para eso. Trabajaba, pues, por un futuro mejor para todos.

Yo creo que eso es exactamente lo que nos toca hacer ahora a nosotros, los masones de la edad de la pandemia. Fortalecer nuestro pensamiento crítico-

co, nuestros valores solidarios, nuestra racionalidad y nuestra forma de entender la trascendencia humana. Perseverar. Prepararnos. Trabajar como nunca. Hacer sólidos y desde luego transmitir los principios que nos han traído hasta aquí.

Porque un día u otro, seguramente más temprano que tarde, los ciudadanos y ciudadanas de nuestros países, de nuestro mundo, se darán cuenta de cuánto necesitan esos principios y esos valores que nosotros cuidamos y preservamos. Así nosotros, en Logia, sabemos que no estamos solos. No estamos trabajando para nosotros. Estamos trabajando también para los que vendrán. Ese es nuestro trabajo. En eso consiste construir.

He dicho

*Al Or.: de Madrid, el 25 de marzo de 6021 (v.: L.:)
Tercer encuentro (virtual) con la R.: L.: Vinte e Cinco de Abril, de Lisboa*

CARRETERO 

